

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XVI después de Pentecostés.

De la fortaleza cristiana.

AMADÍSIMOS hermanos míos: ¡Qué amor, qué ternura, qué solícitud y cuidado muestra San Pablo por la perfección y santidad de los fieles de Cristo! ¡Qué inquietud y temor de que alguno de ellos se pierda! Cargado de cadenas se hallaba el Santo en Roma, por causa del Evangelio, y como olvidándose de sus penalidades propias, con el corazón fijo en el bien de la Iglesia universal deseando fortalecer é instruir á los fieles de Éfeso, les escribe de esta manera:

«Hermanos: Os ruego que no os desaniméis al ver las tribulaciones que sufro por vosotros, pues ellas forman vuestra gloria. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es el principio de toda esta gran familia que hay en los cielos y en la tierra, á fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seáis robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; y arraigados y cimentados en caridad, podáis comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad (de este misterio); y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y á Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas más abundantemente que nosotros podemos pedir y entender, según la virtud que obra en nosotros, sea dada la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, por todas las edades y en todos los siglos. Amén.» (Ephes., III, 13 al 21.)

Tal fué, carísimos hermanos, el corazón de San Pablo para con los fieles de Cristo; tal debe ser el corazón de todos los cristianos para con sus semejantes, y tal es, por la misericordia de Dios, mi corazón para con vosotros. Deseo entrañablemente el bien de vuestras almas, deseo veros felices en la tierra y en el cielo, deseo veros por completo unidos á Jesucristo, poseídos por El, fortalecidos por el Espíritu Santo y arraigados en la caridad divina; y como

prueba del amor que os tengo, intento explicaros ahora la Epístola de este día, según la mente de San Pablo, para que de ella deduzcáis dos cosas:

- 1.^a Que hemos de estar firmes en las tribulaciones.
- 2.^a La necesidad y provechos de esta firmeza.

PUNTO 1.^o

DE LA FIRMEZA EN LAS TRIBULACIONES

Carísimos hermanos: El Apóstol de las gentes, prisionero en Roma por amor á Jesucristo, escribió á los fieles de Éfeso, diciéndoles: *«A mí, Pablo, que soy el menor de todos los cristianos, me ha concedido el Señor la gracia de predicar á los gentiles las incomprensibles riquezas de Cristo..., en quien vosotros y yo tenemos la seguridad y el llegarnos á El confiadamente por su fe.»* (Ephes., III, 8 y 12.) Es decir, á quien vosotros y yo nos hallamos incorporados por medio de la fe, y por quien podemos llegarnos confiadamente á Dios y llamarle Padre.

«Por tanto—añade el Apóstol—os ruego que no os desaniméis al ver las tribulaciones que sufro por vosotros, pues ellas forman vuestra gloria.» (Verso 13.)—Primera advertencia, que es de sumo interés práctico para nosotros. Es como si el Santo dijera: *«Carísimos: No hay que desmayar aunque me veais en prisiones; yo os ruego que no decaigáis en vuestro ánimo por las aficciones y cadenas que por vuestra causa sufro, porque esta es vuestra gloria y también la mía. Es vuestra gloria, porque yo, vuestro Apóstol y vuestro Maestro, he sido digno de padecer tantas tribulaciones por Cristo y por vuestra salvación; y en vez de turbaros y decaer de ánimo, debéis regocijaros y gloriaros en ello. Es también gloria mía; porque, ¿dónde hay mayor dicha que sufrir algo por Cristo, ó por alguna virtud cristiana? Si Jesucristo tanto padeció por nosotros, ¿qué mucho que nosotros padezcamos algo por El? Además, ¿no sabéis que «todos los que quieren vivir virtuosamente, según Jesucristo, han de padecer persecución? (1)».* Por lo mismo, *«estoy pronto, no sólo á ser aprisionado, sino también á morir por el nombre del Señor Jesús (2)».*

(1) Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (II Tim., III, 12.)

(2) Ego enim non solum alligari, sed et mori paratus sum propter nomen Domini Jesu. (Act., XXI, 13.)

¡Bendito sea Dios, amados míos, que así fortalece á los corazones cristianos, para mostrar á todo el mundo la divinidad de la Religión católica! El valor heroico de San Pablo ha sido después imitado por millares de mártires y por los santos de todos los siglos, bastando abrir las páginas de la Historia eclesiástica para quedar asombrados de esta gloriosa verdad. De ordinario, los mayores santos son los que más han padecido; y todos, á semejanza del Apóstol, santificaron sus labios con estas ó parecidas palabras: «*Estoy rebosando gozo en medio de mis tribulaciones.*» (*Superabundo gaudio in omnes tribulatione mea.*—II Corint., VIII, 4.)

¿Qué es esto, Dios mío? ¿Dónde se ha visto que los hombres se gocen en los padecimientos, y en las humillaciones y en los desprecios? ¿Dónde está la dulzura de la cruz, que así la hace amable? ¡Oh! está en el amor á Jesucristo; está en la fe, en la esperanza y en la caridad, que embriagan al alma de dilección sagrada; está en la divina Víctima del Gólgota, en cuya imitación cifra su dicha el alma cristiana.

«Agobiado Jesucristo por los padecimientos — dijo el Crisóstomo— se alegraba: sufrimientos corporales, alegrías espirituales. Y no son las cruces las que engendran la alegría, sino que ésta procede de que padecemos por Jesucristo.» (*Homil. de Cruce.*)

De semejante manera los Apóstoles, después de haber sido azotados, se retiraban muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús (1). Y esta es doctrina fundamental en la Iglesia de Cristo, pues leemos en las sagradas letras, que el Príncipe de los Apóstoles exhortaba á los fieles, diciendo: «*Regocijaos, porque tomáis parte en los sufrimientos de Jesucristo, pues así seréis también colmados de alegría en la manifestación de su gloria. Si os veis ultrajados por el nombre de Jesucristo, bienaventurados seréis; porque el honor, y la gloria, y la virtud de Dios y su Espíritu descansan sobre vosotros. Si alguien sufre como cristiano, que no se avergüence de ello, antes bien, glorifique á Dios.*» (I Petr., IV, 13 á 16.)

Ya veis, amados míos; las Sagradas Escrituras están terminantes, los ejemplos de los Santos son elocuentes, y Jesucristo mismo dijo en el Sermón de la Montaña: «*Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*»

Pues bien: nuestro grande Apóstol, en la Epístola de este día, teniendo ante sus ojos la doctrina expuesta, habló á los fieles de

(1) *Ibant gaudentes, quoniam digni habitus sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Act., V, 41.)

Efeso de esta manera: «*Por esta causa—les dice—doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es el principio de toda la paternidad en los cielos y en la tierra, y le ruego que os dé según las riquezas de su gloria.*» (Vers. 14 á 16.)

Es decir, que San Pablo, postrado de rodillas ante la suprema Majestad de Dios, en señal de reverencia y de humildad, rogó al Eterno Padre para que no desfalleciera la fe de los cristianos, y además que les otorgara gracia copiosísima, fortaleza y constancia en el espíritu, para permanecer firmes en la fe, cuando llegasen para ellos tentaciones y tribulaciones. (*Ut det vobis secundum divitias gloriae suae.*)

Yo también, carísimos hermanos, puesto por Dios nuestro Señor en esta Iglesia como Padre y Pastor vuestro, ruego á la divina Majestad que se digne fortalecer vuestro espíritu para que en medio de la corrupción de costumbres que nos rodea, y de la impiedad que ruge en torno nuestro, conservéis la fe en Jesucristo, y prefiráis mil veces la muerte á sucumbir ante las asechanzas de los libertinos contemporáneos, imitadores de Lucifer.

«*Si en el día de la angustia—dice el Señor en los Proverbios—perdéis el ánimo, vuestra fuerza se debilitará* (1); porque el que empieza á ceder, pierde sus fuerzas cediendo, y se hace juguete de sus pasiones y de los hombres impíos, concluyendo con ser uno de tantos. En general, los cristianos débiles en la fe, y los que se dejan llevar de los goces mundanos, son pusilánimes, que no saben ni quieren resistir los ímpetus de sus concupiscencias. ¡Ay de los pusilánimes! Pues, según leemos en el Apocalipsis, les aguarda *el estanque del fuego y azufre, encendido por la ira divina*, para su tormento (2).

Veamos ahora, con brevedad y sencillez, cuán necesaria y provechosa es á los cristianos la virtud de la fortaleza.

PUNTO 2.º

NECESIDAD Y PROVECHOS DE LA FORTALEZA

¿Qué es fortaleza? Es una virtud del ánimo, con la cual son recibidos y superados constantemente los trabajos, los peligros de

(1) *Si desperaveris lassus in die angustiae, imminuetur fortitudo tua.* (Prov., XXIV, 10.)

(2) *Timidis autem... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure.* (Apocal., XXI, 8.)

muerte y otras análogas tribulaciones de la vida. Y que esta virtud es necesaria, no hay para qué decirlo, pues basta recordar aquellas palabras de nuestro Kempis: «Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas; por todas partes te combaten. Por eso, si no te vales diestramente del escudo de la paciencia en todas las ocasiones, no estarás mucho tiempo sin herida... Conviénete, pues, romper varonilmente con todo, y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere; porque al vencedor se da el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.» (Imit., lib. III, cap. XXXV.)

Es, pues, gran sabiduría ser fuerte en los peligros, en las tentaciones, y, sobre todo, en los ataques contra la fe y contra las sanas costumbres, hoy tan combatidas por los corifeos de la impiedad y por las libertades de perdición propias de los tiempos modernos. Por la misericordia de Dios hemos sido regenerados en el Santo Bautismo y nutridos con las divinas enseñanzas de la fe católica, y no habría para nosotros mayor desdicha, que ser débiles y vacilantes en el dogma Sacrosanto de nuestra adorable Religión. El necio se muda como la luna; mas el sabio permanece siempre en la verdad revelada y en la ley evangélica de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Bienaventurado el hombre que busca la *justicia*, que encuentra la *prudencia*, que resiste con *fortaleza* y que vive con *templanza*! ¡Bienaventurado el que permanece en su *fe*, y le alienta la *esperanza* y obra en *caridad*. Yo os digo, pues, con el Apóstol: «*Velad, estad firmes en la fe, portaos varonilmente, y sed fuertes. Todas vuestras cosas sean hechas en caridad* (1).» Es decir que todo cuanto hagáis sea por un principio de amor de Dios; de tal suerte, que la voluntad del Señor sea la regla de vuestras acciones, y su gloria el fin. (*Omnia vestra in charitate fiant.*)

Si alguno me preguntare: ¿Cuáles son los actos principales de esta heroica y necesaria virtud? Respondería con el gran maestro de ascética, Santiago Alvarez de Paz:

1.º Sufrir con intrepidez los tormentos, los peligros de muerte y aun la muerte misma, por confesar ó acrecentar la fe de Jesucristo, que es á lo que llamamos *martirio*.

2.º Soportar constante y valerosamente los padecimientos y los desprecios por la defensa de las virtudes cristianas.

3.º Robustecer la mente en las adversidades y prosperidades,

(1) Vigilate, state in fide, viriliter agite, et confortamini. Omnia vestra in charitate fiant. (I Corint., XVI, 13 y 14.)

de tal suerte, que ni en lo adverso seamos abatidos, ni en lo próspero exaltados, ni nos apartemos de la senda de la virtud.

4.º Resistir con fortaleza y rechazar con denuedo las tentaciones grandes del demonio y de las concupiscencias terrenas.

5.º Empezar cosas arduas virtuosas con grande confianza en Dios.

6.º Conservar la tranquilidad del ánimo en los acontecimientos graves y adversos.

7.º Evitar, sin ansiedad ni angustia, los peligros que exceden nuestras fuerzas, implorando el auxilio divino.

8.º Vencerse generosamente á sí mismo en los casos dificultosos, que es la mayor de las victorias.

Ved aquí el campo hermoso por donde puede espaciarse amplia y generosamente la actividad cristiana; y si alguno necesitare ejemplos, los encontrará á millares en las historias eclesiásticas y en las vidas de los Santos, bastando á nuestro intento citar á San Juan Crisóstomo, de quien leemos que, al ser conducido al destierro, pronunció estas magníficas palabras: «Decid á la emperatriz Eudoxia que todo cuanto hay de terrorífico en el mundo lo desprecio; y cuanto hay de agradable lo tengo en nada; riquezas no deseo, la pobreza no me asusta, la muerte no la temo.» ¡Qué ejemplo! De esta manera han pensado y obrado siempre los héroes del cristianismo, é igualmente debemos pensar y obrar nosotros cuando fuere necesario.

No ignoro que todos somos flacos por naturaleza y que nos aterran los grandes padecimientos, pero la fortaleza cristiana viene de Dios, y en nosotros sólo está pedirselo, cooperar á sus gracias y poner algunos medios, que entre otros pueden ser los siguientes:

1.º Recordar que Dios nuestro Señor es *Omnipotente*, y que todo cuanto nos acaece adverso es querido ó permitido por El, y que ni un cabello caerá de nuestra cabeza sin su consentimiento. ¿Quién no soporta animoso todo lo que Dios disponga ó permita según los misteriosos designios de su amorosa providencia?

2.º Persuadirse por completo de que Dios es *infinitamente sabio*, y que sabe y puede convertir en bien nuestro todo lo aflictivo y penoso de esta vida, siempre que nosotros no pongamos obstáculos á su paternal dirección.

3.º No olvidar un punto que el mismo Dios es *esencial é inmensamente bueno*; que nos ama mucho más que nosotros podemos amarnos, y que por lo mismo jamás consentirá que ninguna adversidad ceda en daño nuestro, á no ser que nosotros voluntariamente

trastornemos sus amorosos fines. «La paz y la fortaleza del alma, —dice el Kempis—consisten en ofrecernos de todo corazón á la divina voluntad, no buscando nuestro interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno. De manera que, con rostro igual, demos gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.» (Lib. III, cap. XXV.)

4.º *Amar verdaderamente á Dios*; he aquí el medio principal para adquirir la fortaleza cristiana; pues *el amor*, según leemos en el sagrado libro de los Cánticos (VIII, 6), *es fuerte como la muerte*, y jamás hay debilidad ni cobardía en el corazón amante. «Gran cosa es el amor, bien sobremanera grande—dice el Kempis.—Él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual; pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo... No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más cumplido, ni mejor en el cielo ni en la tierra, porque el amor nació de Dios y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.» (Lib. III, cap. V.)

Este es, amados míos, el medio mejor para ser y permanecer fuertes en la fe, y para gloriarnos en los padecimientos por Jesús, como en la Epístola de hoy nos exhorta San Pablo. Concluyo, pues, diciéndoos con el mismo Kempis: «El amor siempre vela, y durmiendo no duerme; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino que como viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad... Cante yo, Dios mío, cánticos de amor, y desfallezca mi alma en tu alabanza. Amete yo más que á mí, y no me ame á mí sino por ti, y ame en ti á todos los que de verdad te aman, como manda la ley del amor, que emana de ti. Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el Amado todo lo duro y lo amargo, y no apartarse de Él por cosa contraria que le acaezca.» (Lib. III, cap. V.) Hagámoslo de esta manera, carísimos hermanos, y tendremos seguro el reino de los cielos, que á todosos deseo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XVI después de Pentecostés.

Sobre el crecimiento en las virtudes.

AMADOS hermanos míos: Nada más sublime ni más edificante para el corazón cristiano, que considerar á San Pablo prisionero en Roma por amor á Jesucristo, y postrado de rodillas ante la eterna Majestad de Dios, rogando con instancia que conserve firmes en la fe á los fieles de Éfeso. No es posible encarecer con palabras la tierna solicitud y cuidado que despliega por la salvación de ellos. Veamos como lo expresa en la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos: Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo... á fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seáis robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, y arraigados y cimentados en caridad, podáis comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad, y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y á Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, más abundantemente que nosotros podemos decir y entender, según la virtud que obra en nosotros, sea dada la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, por todas las edades y en todos los siglos. Amén.*» (Ephes., III, 14 al 21.)

Dos cosas, carísimos hermanos, habréis notado en las palabras del Apóstol, que acabo de expresar: una, que los cristianos, por justos que sean, están obligados á procurar ir creciendo siempre en virtud; otra, que para ello deben emplear ciertos medios que la Religión propone. Dos, por consiguiente, serán los puntos de la instrucción de hoy; á saber:

- 1.º Los motivos que nos impulsan á crecer en perfección.
- 2.º Los medios que para ello hemos de emplear.